

## ¿Y TÚ QUE DICES CORAZÓN?

**Introducción.** Nuestras vidas están constituidas de varios elementos que nos influyen a diario en nuestra forma de vivir. La antropología de la fe nos define como: mente, corazón, fuerzas y alma. Y es importante aprender a cuidar estos elementos que nos constituyen y a saber utilizarlos de manera equilibrada e integrada. La *mente* es la que acoge todos los movimientos de la razón, de la inteligencia, de la memoria. Una mente sana nos da una perspectiva optimista sobre la vida, llena de esperanza, de ilusión, de confianza. Una mente enferma nos introduce en laberintos, en amenazas, en visiones distorsionadas de la realidad que nos envuelven en la oscuridad y en el miedo. Hay mentes tan lógicas, tan controladoras, que lo buscan asegurar todo y no dejan que la vida y las personas fluyan en la espontaneidad propia de la vida.

También somos *corazón*, afectividad, empatía o antipatía, como huidizos, desconfiados, o por el contrario capaces de generar unas relaciones que alimentan el corazón y nos hacen sentir amados y acompañados. Un corazón sano, ama sin asfixiar, acompaña sin poseer, acoge sin exigir, sin chantajear, con la gratitud propia de quien trata a las personas como regalos, no como posesiones. En cambio, una afectividad enferma crea dependencias, soledades, envidias, comparaciones, frialdad en el trato, culpables.

Somos también corporalidad, *fuerzas*, potencia física. El cuerpo es el gran regalo que nos da identidad. Nos hace ser nosotros mismos diferentes al resto de las personas. Es nuestro principio de individuación. El cuerpo es la sede de los sentidos, es el que nos abre las puertas a la realidad que nos espera, nos acerca al mundo huyendo de una subjetividad que nos empequeñece y aísla. Un cuerpo sano es fuente de alegría, de proyectos, de libertades. Un cuerpo enfermo centra toda nuestra vida en el dolor, en la precariedad. El cuerpo puede vehicular nuestra entrega y cercanía a los demás. O por el contrario nos puede encerrar y aislar de la realidad. Pero además de todo esto somos *alma*. Somos ese espacio en el que lo divino y lo humano se enciernen se abrazan, y construyen una vida llena de posibilidades. La vida en abundancia que nos ofrece Jesús se activa precisamente en la medida que cuidamos el alma, la dimensión espiritual de nuestras vidas.

**Lo que Dios nos dice, “Jesús le responde: Te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reinado de Dios. Le responde Nicodemo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Podrá entrar de nuevo en el vientre materno para nacer? Le contesta Jesús: Te aseguro que, si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. De la carne nace carne, del Espíritu nace espíritu.” Jn 3,36.**

La vida nueva que nos ofrece Jesús es la que implica todas esas dimensiones que nos configuran y las disponemos todas en función del amor. Nuestra mente que busca entender y pensar en clave de amor. Una afectividad que se sitúa en medio de las gentes con el deseo de ayudar, de servir de buscar el bien común. Un cuerpo que se ofrece como consuelo a los demás, con unas manos dispuestas a acoger, a abrazar, a ayudar. Y una relación con Dios, un alma que descubre los tesoros que envuelven la vida sencilla de cada persona y son capaces de comunicar buenas noticias a los demás.

**“A vosotros que escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames. Como queréis que os traten los hombres tratadlos vosotros a ellos. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a sus amigos. Si hacéis el bien a los que os hacen el bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Si prestáis esperando cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto. Amad más bien a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y os darán: recibiréis una medida generosa, apretada, remecida y rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros”. Lc 6 27-38.**

Conmueve ver la confianza tan grande que Jesús tiene depositada en nosotros. Está convencido de que tenemos la misma capacidad de amar que él. Porque Él nos lo regala y vive convencido de esa posibilidad que nos constituye, nos ve amando en «*modo Dios*». Nos invita a seguirle en este camino de aprender a mirar con sus ojos, a sentir sus mismos sentimientos, y a tener su misma forma de pensar y de actuar. Supone una verdadera conversión, dejar de vivir con nuestros criterios y puntos de vista, y acoger a Jesús con los suyos. Los que yo veo como enemigos, como rivales, para Jesús son hermanos. Lo que yo veo como justicia, como sentirnos poseedores de la verdad y la razón, Jesús lo transforma en misericordia. Lo que yo llamo propiedad, y lo siento mío, Jesús lo llama compartir y nos invita a ofrecerlo como «nuestro». Lo que yo creo que es ganar la vida, para Jesús es perderla. El modelo en el que fijarnos es Él. El ser humano que mejor alimentó su mente y su inteligencia, el que mejor dejó fluir su afectividad y su cariño hasta volverlo universal, el que hizo de su cuerpo un templo de puertas abiertas donde cupieran todos, y el que nos introdujo en la intimidad de su alma fue Cristo. Por eso seguirle como verdadero Camino, Verdad y Vida, es garantía de plenitud.

**Cómo podemos vivirlo.** Estamos invitados a hacer de nuestra historia personal una obra de salvación. A agradecer cada día el regalo que se nos ofrece a través de nuestros talentos y capacidades. El que sea más racional, más organizador, que pongan ese talento al servicio de los demás. Los que sientan más sensibles a lo afectivo, a lo empático que desplieguen esa sensibilidad haciendo un mundo más amable. Los que tengan salud y un físico cargado de energía, que sostengan a los débiles y enfermos. Los espirituales, los místicos, los que sepan ver lo divino que está envuelto en lo humano que nos lo sepan compartir al resto. Nadie sobra, nadie es mejor o peor que el resto, todos somos necesarios, todos somos uno.